

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL ESQUEMA DE LAS REGIONES

QUISIERA intentar una consideración «actual» y no «histórica» de las regiones españolas; pero claro es que en su actualidad va incluida su historia; quiero decir que voy a referirme a ésta únicamente en cuanto es un ingrediente de la realidad actual.

¿Es posible decir sin más «cuántas» son las regiones españolas? Una enumeración sería fácil, pero desorientadora. Hay regiones «precisas»; otras son más «difusas»; las hay rigurosamente unitarias; otras aparecen divididas en dos partes no enteramente separables; finalmente, algunas funcionan de hecho como parte de una región más vasta; en algunos casos, hay una «capitalidad» inconfundible; en otros, habría rivalidad o vacilación. Por otra parte, hay regiones muy pequeñas, como las «uniprovinciales» (Asturias, Navarra) o compuestas de provincias muy pequeñas (País Vasco), o las insulares; las hay intermedias; algunas, muy grandes (Andalucía, Castilla la Vieja).

La integración de León y Castilla fue tan honda desde la Edad Media, que apenas subsiste una regionalidad leonesa; las tres provincias occidentales (León, Zamora, Salamanca) funcionan de hecho como castellanas con un matiz propio, no distinto de lo que pudiera ser la personalidad de «comarcas» como la Rioja, que es interprovincial e interregional. Andalucía es múltiple, y por supuesto con una polaridad interna —occidental, Oriental—, con centros en Sevilla y Granada.

En algunos casos, hay una función real de capitalidad: Barcelona en Cataluña, Zaragoza en Aragón, Valencia en la región valenciana, Murcia en su pequeña región. La cosa es menos clara en Galicia o en el País Vasco, problemática en Andalucía, más aún en Castilla la Vieja —¿Valladolid, Burgos?— o en Castilla la Nueva —¿caso Toledo?—. No se olvide que Madrid no es una ciudad «castellana» —aunque esté en Castilla, porque en alguna parte tiene que estar—, sino directamente española, lo cual me parece excelente para su función de capitalidad. (1). España —y esto es un gran acierto— no está gobernada desde ninguna región, y no hay una región que gobierne a las demás. Todas las regiones son gobernadas desde Madrid —y tampoco «por» Madrid—, y con frecuencia la más abandonada y peor gobernada ha sido Castilla. Y no se confunda lo que ha podido entenderse como «castellanización» de España en los siglos XVII o XVIII con un predominio regional, porque el Reino de Castilla no era en modo alguno la «región» castellana, sino el resultado histórico de la incorporación de las dos Castillas, Asturias, Galicia, León, Andalucía, Extremadura, Murcia, Canarias, el País Vasco y Navarra, y esa «castellanización» significaba la homogeneización, sobre todo jurídica y administrativa, influida principal, aunque no exclusivamente, por la porción abrumadoramente mayor de la población y el territorio. Imagínese lo que fue durante la Edad Media y todo el siglo XVI la «andaluzación» de Castilla, ya desde el siglo XIII, de tan extraordinarias consecuencias históricas, no menor que la «castellanización» de la España unida desde fines del XV.

—000—

El «centralismo» ha solido ser, en España, más que el ejercicio de un poder férreo, falta de imaginación. El ejemplo más

claro es el sistema de las comunicaciones. La concepción «radial» de los ferrocarriles y hasta hace poco tiempo de las carreteras provinciales ha hecho que el camino más corto entre dos puntos pasase por Madrid. Pero ¿es esto «castellanismo»? Inténtese viajar por Castilla y se verá lo que es bueno. Este sistema ha condenado a Castilla al aislamiento interno, a la inconexión, a la «desvertebración».

El automóvil ha venido a mitigar esto, como tantas cosas. Coches y aviones han dado una nueva imagen funcional de España y están transformándola mucho más que el «Boletín Oficial». Estoy escribiendo en Soria, y en esta ciudad, en las carreteras de la provincia, la matrícula más frecuente en estos días, después de la local, es la de Barcelona; mucho más que la de Madrid; incomparablemente más que las de las demás ciudades castellanas.

En el siglo XIX se descomponen diversos aspectos de la realidad española, y su imagen nos perturba y confunde indeciblemente, porque suelen proyectarse a nuestra historia entera fenómenos muy recientes. Por ejemplo, la creencia de que España es un país dominado por la discordia, dispuesto a las guerras civiles. La verdad es que España es uno de los países europeos menos desgarrados por luchas internas. Los reinos cristianos de la Edad Media luchan entre sí rarísima vez, infinitamente menos que franceses, alemanes, italianos o británicos entre sí; no hay nada equivalente a las guerras civiles religiosas de Francia en el siglo XVI; desde 1713 a 1808 hay un «siglo blanco» de concordia insuperable. La invasión napoleónica, la opresión absolutista de Fernando VII, la intervención francesa de 1823 a favor de ella, la desarticulación de las regiones, todo esto introduce los gérmenes de la discordia hasta que pueda hablarse en algunos momentos de las «dos Españas», expresión que nunca tuvo el menor sentido hasta comienzos del siglo XIX.

Durante esta centuria, las regiones se quedan sin personalidad ni representación, sin expresión adecuada, con un proyecto colectivo precario. Se produce una industrialización retrasada y desigual, concentrada en Barcelona y Bilbao (más que en Cataluña y el País Vasco, lo cual introduce un peligroso «centralismo» interno en ambas regiones). El enriquecimiento de estos dos núcleos, su dependencia de los aranceles y por tanto de la legislación general, la transformación social de dos regiones sobre el telón de fondo de una España primariamente rural, la emigración interna, la escasa participación de catalanes y vascos en unas y otras actividades, todo ello introduce una anómala conciencia de «personalidad» o «diversidad».

Entiéndase bien lo que quiero decir: lo que me inquieta no es que exista tal personalidad —al contrario, me entusiasma—; ni que se tenga conciencia de ella; lo que me preocupa es que sea «anómala», es decir, no fundada en la realidad, sino en deformaciones accidentales que el siglo XIX introduce en ella, o en meros espejismos interpretativos, en la «historia-ficción» tan cultivada desde entonces.

Hoy las cosas están mucho más claras, y por eso la situación regional de España, a pesar de sus innegables tensiones, es

mucho mejor que hace sesenta u ochenta años —el que lo dude, lea lo que se decía y escribía entonces, y mida su distancia respecto de lo que las cosas eran—. El desarrollo español, aunque tardío, inducido por la prosperidad europea y bastante frágil es un hecho. España ha superado la extrema pobreza en que había vivido mayoritariamente durante un siglo —comparada con cualquier nivel pertinente, es decir europeo—, y la situación vasca y catalana ya no es excepcional. Que sean las regiones «más» prósperas no importa; que fuesen las «únicas» prósperas no era deseable para nadie. La industrialización del resto de España, aunque inferior, ha venido a poner las cosas en una perspectiva más alentadora. Y no se olvide que la industria catalana y la vasca se han diseminado en buena medida por otras regiones, y sobre todo cuentan con esos mercados, de manera que la prosperidad de Cataluña y del País Vasco dependen en gran parte del mantenimiento de una prosperidad general. Imagínese lo que sería para Cataluña o Bilbao una depresión económica andaluza, gallega o castellana.

No me estorban las ambiciones de una u otra región, ni sus rivalidades, ni el que cada una intente prosperar más que las otras, con tal de que todo eso lo hagan «con ellas», contando con su realidad, no fingiendo ignorarla o derivando la prosperidad de situaciones legalmente privilegiadas, lo cual equivale a sustituir las leyes reales de la economía por algo bien distinto: la magia. (Si se mira el trasluz del conjunto de mi pensamiento se verá que se esfuerza siempre por eliminar la magia en cualquiera de las mil caras que —mágicamente— adopta.)

El principio de solución de los problemas regionales sería —como casi siempre— la aceptación de la realidad, se entienda de «toda» la realidad. El reconocimiento de la realidad de cada una de las regiones (sin proyectar sobre ellas un abstracto esquema homogéneo), respetando sus grados de integración, diferenciación, afirmación, interdependencia; el ponerlas a funcionar —y no sólo «dejarlas» funcionar— realmente, como personalidades «adultas», sin «paternalismo» (no porque la paternidad sea mala, como muchos parecen suponer hoy, ellos sabrán por qué, sino por la razón de que ninguna región es padre ni madre de las demás), dejándolas tropezar con las esquinas del mundo real, única manera conocida de aprender a andar. ¿Solos? Solos no, porque las regiones no están solas, sino que están «en España»; solas no, pero en modo alguno «de la mano».

Pero ¿es cierto que hay un «problema regional»? ¿No hay algunas regiones «problemáticas» o «descontentas», frente a una mayoría de «regiones satisfechas»? En la comedia «Knock ou le triomphe de la médecine» se da esta graciosa definición: «L'homme bien portant est un malade qui s'ignore». «El hombre sano es un enfermo que se desconoce». ¿Será este el caso de las regiones españolas?

Julián MARIAS

(1) Sobre esto ha hablado largamente en «Consideración de Cataluña».

SERVICIO Y SERVIDUMBRE LA OBLIGACION DE SER CORTES

POR supuesto, la palabra «servicio» no es unívoca, ni lo son, en consecuencia, sus posibles connotaciones morales. Pero tampoco puede negarse que, en la acepción más directa y usual, nos remite a un área semántica muy concreta, cuyo alcance quizá queda explicito con el vocablo pariente «servidumbre». La consulta a un diccionario, en efecto, apenas nos sacaría del atolladero: de las tautologías. La definición de «servicio», por ejemplo, como «acción y efecto de servir», no resulta demasiado satisfactoria cuando el verbo «servir» viene explicado por «estar al servicio de alguien». Es cierto que, para entendernos, no necesitamos ir mucho más allá. No se trata de eso ahora, sin embargo. La referencia a «servidumbre», de todos modos, nos ayudará por otro camino. Bien mirado, «servicio» y «servidumbre» sólo son parcialmente sinónimos. Tampoco hace falta más, para el caso. La idea de «criado» les es común, en alguna medida. Sin descontar, además, que entre «servicial» y «servil» la transición suele ser, en la práctica, bastante suave... Estas obviedades merecen tenerse en cuenta, un momento por lo menos, ante la ingenuidad con que economistas y sociólogos emplean el término «servicios» para designar el bloque de trabajos que llaman «sector terciario». La rutina hace que olvidemos el sentido profundo de la palabra. Pero ahí está, y sin remilgos.

De hecho, una porción cada día mayor de la población activa pertenece al «terciario», y la tendencia constituye un rasgo típico, esencial, de las sociedades «desarrolladas». Desde el más humilde camarero al más conspicuo de los ingenieros, la gama de oficios «serviciales» es tremendamente variada y matizada. La cosa carece de precedentes, y sobrepasa los límites de la mera clasificación de los empleos. La evolución de las profesiones, dentro del sistema de producción en que estamos metidos, desemboca en este cambio de comportamientos. Siempre hubo, desde luego, una muchedumbre sometida, que, por consiguiente, no podía ser sino «servil» en su actitud. Lo que ocurre en la actualidad es que se ha generalizado el esquema hasta extremos anteaer impensables, y el «servil» se diluye en «servicial», no por ello deja de ser «servicio», más bien lo contrario, confiere al «servicio» una categoría nueva, de apa-

riencia dignificada, que penetra la entera estructura de nuestras relaciones. Examinado el asunto en frío, sorprende la facilidad con que todo el mundo acepta la etiqueta de «servicios». Cuando tanta literatura «emancipatoria» se ha derrumbado sobre la gente occidental y cristiana en los últimos trescientos años, la presente efusión «servidora» sugiere no pocas aprensiones de principio...

Tras el mostrador donde despacha bebidas, tejidos, electrodomésticos o ohirimbolos, o tras su mesa de burócrata privado, al tratar con el cliente o con el amo —y a otro nivel, cliente y amo acostumbran a encontrarse en la misma situación—, el individuo involucrado sabe a qué atenerse: ha de ser «servicial». Y si no lo sabe, se lo hacen saber enseguida. Y le adiestran a serlo. Su función, que consiste en vender objetos o «servicios», es ya un «servicio». Me cifo al terreno «no público»: las oficinas digamos —y valga la divertida etimología del adjetivo— «oficiales» son otra historia, por lo demás tampoco exenta de la pesadumbre «servicial». Sea como fuere, no cabe duda de que lo corriente y lo inevitable es el ejercicio de «servir». Frente al prójimo, la conducta general queda condicionada por esta primera exigencia. La noción inmediata continúa siendo la del «criado». Pero un «criado» especial. Lo de menos es la reverencia de la antigua etiqueta. Uno de los trucos del mecanismo reside en eludir la apariencia del lacayo. Con todo, la compostura tiene ese origen y no lo reniega: la «compostura» del servicio. Noa hemos convertido en «criados» mutuos, y ésta es, tal vez, la clave del embrollo. Porque no se trata ya de que haya unos «amos» claros y advertidos: nadie lo pondrá en tela de juicio. Se trata de que estamos enzarzados en una estrata y recíproca «servicialidad».

Un jornal urbano, hoy, se basa, entre más razones de competencia o de habilidad, en la discreción «servicial». Las multitudes del «terciario» han de ir oportunamente bien trajeadas, se han de afeltrar cada día, han de sonreír cuando convenga, sus conversaciones han de ser obsequiosas, y sus gestos, amables. Ultimamente, según los periódicos, se han desencadenado algunos incidentes a propósito de algunos administrativos de la banca, que, al parecer, reivin-

dicaban su derecho a prescindir de la corbata y a dejarse crecer las melenas y las barbas. Es un derecho muy «natural», huelga decirlo. Sólo que los bancos no son nada «naturales». Los convencionalismos de la convivencia se imponen, y el ciudadano que acude a tramitar sus duros en el establecimiento pertinente no las tendrá todas consigo si le atende un fulano —por honorable que sea— de aspecto erizado: la desconfianza frente al empleado se desplazará a la Institución... El caso no es diferente del de unos grandes almacenes o de una «boutique», donde la empresa procura que el comprador sea atendido por señoritas aproximadamente calipigias y de rostro sugestivo. O en los bares, cuyas barras han de ser ocupadas por personas joviales y bien parecidas. Y etcétera. No nos engañemos: en los «servicios», empezando por los peñados inferiores, no tienen cabida los feos, los deformes, los ancianos, los crispados —de «mal genio», los áblicos, los displicentes. En los niveles más altos, quizá, se podrán perdonar tales «defectos» a cambio de un poderoso paquete de eficacia técnica. Es la excepción...

Todos esperamos del «servicio» algo realmente «servicial», y todos, al fin y al cabo, estamos metidos en el engranaje de los «servicios». Las venerables «reglas de urbanidad», que antaño eran impartidas por las escuelas primarias y por las familias circunspectas, ahora son ya normas generales de rigurosa observancia en las más irrelevantes e intensas posibilidades del «comercio» (y todo es «comercio»). Ser «bien educado» es una premisa para cualquier eventualidad de ganarse la vida, en las zonas civilizadas. La premisa imprescindible: a la cual se sumarán otras, de aptitud o de recursos, pero básica. La «cortesía», inicialmente prevista para las «cortes» —como su mismo nombre indica, ¡ay!, se ha democratizado, y se ha democratizado tanto, que incluso han inventado todo un tinglado teórico y práctico sobre las «relaciones públicas», con vastísimas repercusiones. Las «public relations» son, en el fondo, un entrene de «servicio». La raíz tal vez haya de buscarse en los papeles seriados de Daille Carnegie, en la línea de «Babbitt»: «¿Cómo ganar amigos?», «¿Cómo triunfar en la vida?»

y demás. Por eso tenía que ser así. Prosperar es «servir»: partiendo de abajo, cuando menos. Y sin prosperar: vivir, en los sueldos viables del «terciario», es una forzosa «servicialidad». En el encuentro «mercantil», por consiguiente, todo es aterciopelado, invitatorio, complaciente. ¿Hipocresía? ¿Alineación? ¿Simple «catalépsia» formal? Da lo mismo. Este es el hecho.

Tampoco ha de extrañarnos que una sociedad tan radicalmente «servicial» —o «servil»— en sus horas de trabajo, como es la nuestra, sea hosca y arisca el resto de la jornada. Cuando la vendedora de un gran almacén, el «cuadro» en todas sus eventualidades, el muchacho «agresivo» del cálculo o de la publicidad, terminan su gestión, su gestión «servicial», se sienten cobibidos por la fatiga, por el hastío, por la amargura.

Las cosas son como son. Aquel empleado «dicharachero» de un rato antes —en su lugar de trabajo— se convierte en un tipo irascible cuando vuelve a casa en el «metro» o en el autobús, o cuando se enfrenta con su mujer en el domicilio. Es lógico, ¿no? Tanta sonrisa forzosa, tanto «servicio» sistemático, acaba por provocar graves tensiones en el cuerpo y en el ánimo del vaciándolo. Lo malo es que, en esos instantes residuales de «ya no estar sirviendo», continuamos dependiendo del «servicio»: de «servidores» ascendemos a «serviciales», y nos irrita el fallo del portero, del «metro», del ascensor, del camarero que nos «sirve» aburridamente el botellín de cerveza en el bar de la esquina...

Yo no diría que esto condicione los clásicos planteamientos de la «lucha de clases», según los han estipulado los doctores del ramo. Pero tampoco creo que sea un detalle a descuidar, subalterno o pintoresco. Ni mucho menos. No importa cómo se valore en términos «sociológicos», el «servicio», el ambiguo y complejo «servicio» cotidiano —el del camarero y el del catedrático, el del economista y el barrendero, el del médico y el del burócrata, el del «maitre d'hotel» y el del notario, el del psiquiatra y el del ingeniero, el del hortera y el vicario de la parroquia, etc.—, es algo que pesa y determina. Conviendría precisar cómo y en qué medida...

Joan FUSTER

TV TODAS MARCAS SIN ENTRADA
DESDE 500 PTAS. MES. ABONAMOS POR EL SUYO VIEJO HASTA 10.000 PTAS.
Regalamos mesita y lámpara. Tel. 2416599

NO LO DUDE:
NINGUN INVENTO HA SIDO MEJOR
Utilice PLASTINO CERAMICO en sus suelos y paredes. Sin escombros, polvo, ni suciedad. Se coloca en horas. Informe: RED'S, S. A. Pje. de la Concepción, 7. Teléfono 215-06-69

AUTO-RADIO Y CASSETTE PRIMERA MARCA
Instalamos en su coche desde
300 ptas. mes
Ronda San Pablo, 42-44
SATEL TEL. 242 74 73

FRIGORIFICOS
Todos los modelos PHILIPS - EDESA
CORBERO - KELVINATOR, etc.
Desde 400 ptas. mes y abonamos por el suyo hasta 5.000 pesetas.
Ronda San Pablo, 42-44
SATEL Telfs. 329 60 60 - 329 55 55
visítanos a domicilio